

cantigas⁸, y no podrían definir por sí solos la estructura de un ejemplo de esta poesía.

b) Esta relectura no es sino un intento de profundizar la lectura de Jakobson. No sólo me refiero al intento de encontrar nuevas correspondencias de la misma naturaleza que las descubiertas por él, sino que también me refiero al sentido. El carácter "extático" de los versos 8 y 11 y la "tendencia hacia la inclusión y promoción graduales del yo femenino que habla" ya habían sido notados por Jakobson; simplemente hemos dado un correlato gramatical a la afectividad de los versos en cuestión y hemos prolongado la tendencia a la inclusión del yo en una tendencia a la exclusión de los demás.

MARC PLÉNAT

Université de Toulouse-Le Mirail.

CRITICA GUEVARIANA

Fray Antonio de Guevara es todavía el continente sumergido de la literatura española. Un gran *lapsus* de memoria, a la vez que un fenómeno de cuyo arduo encuadre dependen amplias perspectivas sobre la historia literaria de Occidente. Por ello, a partir de Menéndez Pelayo, casi todo gran crítico ha tenido que detenerse en un cierto momento ante la aporía del facundo y fecundo obispo escritor (Menéndez Pidal, Américo Castro, María Rosa Lida, Leo Spitzer entre otros). Los años setenta se acreditan en especial como una década de abundante recolección guevariana, con los libros¹ del malogrado E. Grey y de J. R. Jones, a los que ahora se agrega el del hispanista francés Augustin Redondo, *Antonio de Guevara et l'Espagne de son temps. De la carrière officielle aux oeuvres politico-morales* (Droz, Genève, 1976). Tenemos aquí la más ambiciosa y extensa de las investigaciones sobre Guevara, obra a la vez de análisis y de síntesis y que por constituir desde ahora una obligada referencia pide en este día una particular tarea de inventario, enjuiciamiento y criba de sus aportaciones.

Supone este nuevo libro un vasto estudio (883 pp.) de orientación cerradamente histórica, cuyo núcleo es una biografía del escritor destinada a servir (de acuerdo con el subtítulo) como base para su investidura de maestro en el género político-moral. Se admite desde el prólogo la polarización de la empresa por el *Marco Aurelio* y el *Relox de principes*, es decir, por aquel sector de la obra guevariana que mejor puede sustentar la idea de un empeño moral de altos quilates. Aun a riesgo de una metodología unilateral, al servicio de la tesis moralista, el *Menosprecio de corte* o las *Epístolas familiares* sólo se estudian aquí en re-

⁸ Véase M. Frenk Alatorre, *op. cit.*, p. xii.

¹ E. GREY, *Guevara, a forgotten Renaissance author*, The Hague, 1973. J. R. JONES, *Antonio de Guevara*, Boston, 1975.

lación con el módulo histórico-interpretativo aplicado a aquellas dos obras.

Una investigación paciente y afortunada permite a Redondo resolver la mayor parte de los problemas pendientes en torno a la debatida genealogía del escritor. El dilatado "clan" de los Guevara queda dilucidado desde sus lejanas raíces navarro-alavesas hasta la rama de Escalante y Treceño, emparentada con el marqués de Santillana, en que ha de nacer Antonio hacia 1480. Se desvanece toda duda acerca de la bastardía de su padre, Juan Beltrán de Guevara, que recibió del prolífico señor de Escalante don Beltrán de Guevara (fallecido en 1441) una herencia mísera, además del legado temible de una sangre maculada. La abuela de fray Antonio, Mencía de Bedoya, era casi con toda seguridad judía o conversa (p. 54). Su propia madre, Ana o Inés de Ureña pertenecía todo lo más a una ínfima nobleza y en torno a ella se alzan también los intentos de silencio y fraude genealógico (p. 51). Harto consciente de su problema, fray Antonio calla y tergiversa cuanto puede para ocultar su bastardía y mucho más aún su contaminación de linaje. Otras veces tasca el freno y se rebela contra la idea de la infamia heredada, aludiendo de un modo sombrío al torturante secreto que sobre él pesa. Secreto que no lo era tanto para ciertos contemporáneos como el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, ni inmune tampoco a las sospechas de algunos críticos modernos².

Había muchas cosas extrañas en el complejo clan de los Guevara. Sus primos de la rama legítima marchan a Flandes para servir a la casa de Borgoña en cargos de administración o diplomacia y con el tiempo han de muñir la alianza matrimonial entre Castilla y el Imperio de que manará la moderna historia de Europa. En calidad de tales sufren las fortunas políticas de Felipe el Hermoso, decisivas también para el futuro fraile. Triunfantes bajo Carlos V en su etapa del gobierno de flamencos, debieron de asegurar las carreras de fray Antonio y de su hermano el doctor Fernando de Guevara, destinado a ser uno de los brazos políticos de Carlos V.

No se alumbran aquí nuevos datos acerca de los primeros años y educación del joven Antonio, pero sí se rechaza con buenos argumentos que sirviera de paje al príncipe don Juan, que estudiara con Pedro Mártir y que le indujeran al claustro los fallecimientos del heredero y de su madre doña Isabel. La más probable razón de su frailía es el derrumbamiento de sus esperanzas cortesanas al tener que huir a Flandes los Guevara, odiados de don Fernando, tras la repentina muerte de Felipe el Hermoso en septiembre de 1506. En forma característica, fray Antonio mintió acerca de los motivos de su vocación, pero también describió, certero, el estado de ánimo del cortesano desahuciado que se mete a fraile. La elección de orden tan modesta podría achacarse a tradicionales simpatías de su familia, pero la causa decisiva es, sin duda, que los francis-

² J. MARICHAL, *La voluntad de estilo*, Barcelona, 1957, p. 322, nota 7; F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, "Fray Antonio de Guevara o la ascética novelada", *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid, 1968, p. 30.

canos de estas fechas no oponían estatutos ni cortapisas a la admisión de conversos (p. 100). Redondo, muy preocupado en todo momento por la ardua empresa de sacar verdadero a Guevara, no logra hallar coyuntura verosímil para un posible viaje juvenil a Flandes, que le hubiera permitido conocer aquella corte de Maximiliano que años adelante decía haber visitado.

Tampoco se registran nuevos datos acerca de la etapa franciscana del escritor. Queda en claro, sin embargo, que nunca se graduó de estudios superiores y que su latín fue siempre de una solemne pobreza. Contra las inclinaciones de Redondo, no hay prueba alguna de que la suerte de fray Antonio cambiase para nada con el retorno de sus parientes entre el séquito flamenco de Carlos V. La posibilidad aquí defendida de un encuentro con éste a poco de su primera llegada a España, o a más tardar a principios de 1518, no sale de un terreno de puras suposiciones.

Es preciso examinar de cerca la visión que en este libro se ofrece de la conducta de Guevara bajo las Comunidades, y que de hecho está moldeada por un acto de fe en lo dicho por él mismo en las *Epístolas familiares*. Según Redondo el fervor imperial de fray Antonio puede darse por descontado (de acuerdo con su propia confesión) en vista de las simpatías pro-borgoñonas de su familia. El argumento (básico para toda la orientación del libro) es plausible en cuanto tal, pero se vuelve incómodo en cuanto choca con la ausencia de un solo dato firme en qué apoyarse. Redondo no puede menos de documentar el fuerte espíritu comunero que de arriba abajo sacudía a los franciscanos, pero su confianza en la postulada solidaridad del clan gueveriano le impide considerar que las cosas hayan podido ser más complejas al interponerse un hecho histórico que como pocos dividió familias, intereses y conciencias españolas. Ciertamente hay motivos perturbadores para sospechar de la posible actuación de fray Antonio bajo las Comunidades. Se defiende aquí con buenas razones su elección para definidor en un capítulo de la Orden celebrado en Valladolid, el 11 de noviembre de 1520 (p. 108). No se repara en el sentido que tan alto cargo (máximo a que el escritor había de llegar entre los suyos) había de asumir dado el radicalismo comunero que enfibrecía a la ciudad en esas fechas³. No sólo es sospechosa su presencia en lo más álgido del foco rebelde, sino que el triunfo de un neutral (y no se diga de un imperial acérrimo) se vuelve muy improbable en aquellas circunstancias. La visión que de las Comunidades y de la propia actuación dan las *Epístolas familiares* es en conjunto una superchería, caracterizada por la *vaticinatio post eventum* y por la clase de lanzada al moro muerto que delata el afán de componer la figura, yendo más allá que nadie en la condena. Es sumamente improbable que fray Antonio presenciara cuanto dice haber presenciado y cándida o hipercrítica toda duda de que las epístolas al obispo Acuña, a Padilla y a su esposa puedan no ser apócrifas. Lo más verosímil es que Guevara

³ J. PEREZ, *La révolution des "Comunidades" de Castille*, Bordeaux, 1970, pp. 229-230 y 447-448. Sobre simpatías comuneras del clero regular, *ibid.*, p. 503, y "Moines frondeurs et sermons subversifs en Castille pendant le premier séjour de Charles-Quint en Espagne", *BHi*, 67 (1965), 5-24.

marchase con la corriente de su Orden (con la que el Emperador renunció después a ajustar cuentas) y que no pasara a destacarse con una actuación de resonante activismo en favor de uno ni de otro bando.

Sin perjuicio de volver más adelante a estas cuestiones, es preciso deslindar en este momento la novedad de enfoque en la cuestión del famoso *razonamiento de Villabrágima*. Inserto en *Epistolas familiares*, pretende ser el texto de un discurso pronunciado por fray Antonio ante los jefes del ejército comunero para ofrecerles los *capítulos* o condiciones de paz según acuerdo del Cardenal regente y gobernadores del reino en la cercana villa de Medina de Rioseco. La autenticidad de tan decisiva gestión diplomática fue negada por Morel Fatio en 1913⁴, a quien sobremano extrañaba el absoluto silencio de otras fuentes y el hecho mismo de que una persona a la sazón tan poco conocida fuera encargada de una legacía de tal responsabilidad. La presencia del *razonamiento* (en realidad una nueva versión del mismo) en la *Crónica del Emperador Carlos V* de Alonso de Santa Cruz (publicada en 1920) hizo después que Menéndez Pidal rechazara como hipercrítica dicha tesis. Pero al aclararse que Alonso de Santa Cruz plagió amplios materiales de una crónica de Guevara, la cuestión regresó al planteamiento de Morel Fatio y aun reforzada con nuevas dudas por parte de P. Mérimée y de J. Perez⁵. Según este último, Guevara se atribuyó una gestión por entero paralela que desempeñó el obispo de Cuenca y presidente de la Chancillería don Diego Ramírez de Villaescusa.

Redondo vuelve ahora a la autenticidad del *razonamiento*. No halla nada de extraño en el recurso de los gobernadores a Guevara. Los franciscanos tuvieron también papel de mediadores en aquella contienda y el futuro General fray Francisco de los Angeles o de Quiñones (ilustre por su nacimiento) fue encargado de una misión similar, aunque menos dramática, en febrero de 1521. Dada la inclinación imperial de fray Antonio, famoso por su elocuencia y con un hermano en el Consejo Real y un pariente (don Pedro Girón) entre los jefes rebeldes, reunía óptimas recomendaciones para dicha tarea diplomática. Su envío a Villabrágima ocurriría, tras el fracaso de Villaescusa, el 30 de noviembre de 1520 en virtud de un desesperado esfuerzo conciliador del Almirante a que aluden (con lamentable vaguedad) las correspondencias de éste y del cardenal Adriano (p. 134).

El problema con toda esta argumentación es su carácter totalmente especulativo. No hay dato sólido alguno en qué fundar ni la presencia, ni las relaciones con los gobernadores (que todavía no habían aceptado dicho título), ni aun las simpatías imperiales de fray Antonio. Continúa, pues, el silencio de todo testimonio desinteresado acerca de uno de los momentos decisivos de la contienda, tanto más de extrañar cuando sabemos de episodios y tentativas de significación mucho menor⁶. Re-

⁴ *Historiographie de Charles-Quint* (París, 1913), pp. 29-30.

⁵ P. MÉRIMÉE, "Guevara, Santa Cruz et le *razonamiento de Villabrágima*", *Hommage à Ernest Martinenche* (París, s. f.), pp. 466-76; J. Perez, "Le *razonamiento de Villabrágima*", *BHi*, 67 (1965), 217-24.

⁶ Así la del anciano fray Juan de Ampudia según datos de J. MESEGUER FERNÁN-

donde no oculta las exageraciones del relato de *Epistolas*, donde los cabildos se prolongan, absurdamente, por muchos días, ni los enredos cronológicos que surgen lo mismo aquí que en el texto de Santa Cruz. En dos ocasiones fray Antonio fechó de un modo disparatado e incongruo (p. 136) aquel momento estelar de su vida, lo cual se pretende explicar por su mala cabeza de siempre en materia de fechas. Por otra parte, el *razonamiento* que trae Santa Cruz no es, como aquí se dice, mera preparación para el de *Epistolas*. Ambas redacciones difieren mucho en letra y en espíritu, algo más conciliadora la de la crónica, un perentorio *ultimatum* la de *Epistolas*. En uno y otro caso no reflejan el tono ni las circunstancias de una verdadera negociación y el embajador que hubiera hablado así a los comuneros no habría salido vivo de Villabrágima. En contraste con la actitud de quien narra su participación en un hecho histórico, Guevara se dedicaba a escribir variaciones sobre el tema de *Villabrágima*.

Guevara como predicador constituye también el foco de un nutrido capítulo. Se realiza en él un estudio de las tradiciones de retórica y oratoria sacra implícitas en aquel estilo que ya se halla presente en su primer texto conocido, un documento notarial de 1515 (p. 105). Aun sin noticias particulares, es obvio que su formación transcurrió en Valladolid. Cabría añadir en este punto su solidaridad con la elocución peculiar que estudios recientes asignan a aquel convento de San Francisco de Valladolid⁷, tan querido siempre de fray Antonio. Contra María Rosa Lida

DEZ, "Juan de Ampudia, OFM, datos biográficos y bibliográficos", *AIA*, 29 (1969), 163-77. Se recoge en este artículo (no utilizado por Redondo) una noticia de fray Antonio Daza sobre servicios prestados por franciscanos a las Comunidades en su *Cuarta parte de la crónica general de N. P. S. Francisco* (Valladolid, 1611): "En estas alteraciones hizieron gran servicio a Dios, a su rey y a su patria los frayles desta santa religión, y fueron muy señalados fray Juan Dávila, confessor de la Reyna doña Juana, fray Juan de Empudia, del convento de San Francisco de Valladolid... fray Francisco de los Angeles y fray Antonio de Guevara, coronista del Emperador Carlos Quinto" (p. 166, nota). El valor de este último dato es casi nulo dada su vaguedad y fecha tardía, mediando sobre todo la gran difusión de las *Epistolas familiares* con el *razonamiento de Villabrágima* (los datos de Daza sobre Ampudia proceden, simplemente, de Sandoval). Sobre la misión diplomática de fray Francisco de los Angeles, véase J. MESEGUER FERNÁNDEZ, "El P. Francisco de Quiñones, OFM, al servicio del Emperador y del Papa", *H*, 18 (1958), 651-89.

⁷ En especial por el famoso libro *Passio Duorum* (1526, pero terminado ya en 1519) de los frailes de dicho convento Francisco Tenorio y Luis de Escobar. La afinidad de estilo, temas y elaboración de esta obra (que inserta apócrifos como la letra de la sentencia de Pilato contra Cristo) con el *Monte Calvario* de Guevara basta para delimitar lo que el P. Juan Meseguer Fernández ha llamado *círculo literario franciscano de Valladolid*; "Passio Duorum. Autores. Ediciones", *AIA*, 29 (1969), p. 252. Fray Luis de Escobar y su compañero Pedro de San Hipólito corrieron grandes riesgos como auxiliares de la mediación (o más bien sabotaje político) de fray Francisco de los Angeles o de Quiñones (*ibid.*, pp. 222-223). Por otra parte, la semejanza estilística entre Escobar y Guevara resultaba tan visible como para que el traductor Aegidius Albertinus atribuyera a éste su *Zeitkürzer* o *Pasatiempo* (Munich, 1603), en realidad una versión parcial de *Las cuatrocientas respuestas a otras tantas preguntas* (Valladolid, 1545) de fray Luis de Escobar; Ch. E. SCHWEITZER, "La parte de Albertinus, Escobar y Guevara en el *Zeitkürzer*", *AIA*, 18 (1958), 217-223. En lo relativo al problema general del estilo se echa de menos el conocimiento del valioso

(p. 210), dice Redondo que su estilo era normal en la predicación *fray-riega* de su tiempo y no puede considerarse como punto final de un desarrollo específicamente hispano. Guevara se perfila como un predicador no sólo elegante, sino profundo en su doctrina y en nada alejado de las mismas tradiciones que obraban sobre fray Diego de Estella o fray Luis de Granada. Contra Américo Castro (p. 211) no es admisible la idea de la sobreadundancia retórica como espita del resentimiento, pues su carrera de cortesano y eclesiástico es un puro triunfo a partir de 1523.

Redondo ha reunido también interesantes datos acerca de los predicadores reales. Eran éstos un grupo numeroso, y entre ellos había de todo, desde varones ilustres en letras o virtud hasta sujetos desprestigiados por su vida poco edificante, como había sido también el caso de fray Íñigo de Mendoza (figura por más de un concepto afín a la de Guevara) en la corte de los Reyes Católicos. Uno de ellos, el agustino fray Dionisio Vázquez, era un erasmista que se había distinguido por sus fervores comuneros. Pero lo que de todo esto se deduce es que el cargo de predicador regio tenía más de brillo que de sustancia, y que por sí solo no bastaba a situar a sus titulares en las altas esferas de la Iglesia ni de la política.

Es preciso introducir también cierta perspectiva en la idea de normalidad aplicada a todos los aspectos de Guevara como predicador. Ni el uso de colores retóricos basta para caracterizarle como simple continuador de una tradición oratoria iniciada en la Patrística, ni dicha idea contribuye a justificar la boga e impacto del *alto estilo* guevariano. Tras comprobar las garrafales inexactitudes en el manejo escriturario o el saqueo de las obras de fray Francisco de Osuna (mayor aún de cuanto señaló el P. Ros), se insiste en que no se trata de vicios propios, sino de hábitos de la predicación de su tiempo (p. 192). Vicios de su época, claro está, pero explicables en predicadores adocenados y que no dejan de ser chocantes en un orador sacro de su fama, pretensiones y responsabilidades. Ciertamente también que Estella y más aún fray Luis de Granada no renunciaron a la retórica; pero no es menos verdad que ambos distaron de hacer de ella, como Guevara, un fin en sí mismo. Ni Estella, el gran enemigo de la predicación *a lo viejo*, ni Granada, el depurado ciceroniano, son comparables literaria ni doctrinalmente con Guevara.

Aunque algunos biógrafos modernos le hayan llamado inquisidor y él mismo se titulara así alguna que otra vez, Guevara fue solo miembro de diversas juntas y comisiones sobre asuntos de política religiosa. Comienza la serie con la junta celebrada en Madrid a principios de 1525 sobre la validez del bautismo impuesto por los agermanados a los moriscos valencianos. El voto afirmativo de dicha asamblea condujo al inmediato nombramiento de cuatro comisarios encargados de auxiliar (o forzar la mano) a las autoridades de aquel reino en la liquidación del estatuto mudéjar. En 1526 forma parte de otra junta sobre el problema de los moriscos granadinos, cuyo único resultado fue introducir el Santo

Oficio en aquel reino. Al año siguiente es nombrado, en compañía de otros tres predicadores reales, para la comisión encargada de dictaminar sobre la ortodoxia de Erasmo. El mismo Guevara menciona su voto en algunas deliberaciones sobre el asunto de las brujas de Navarra que debió celebrarse en 1529. Y en 1539 casi los mismos miembros de la junta granadina de 1526 fueron convocados en Toledo a otras consultas acerca del mismo problema.

Redondo ha realizado un gran trabajo sobre fuentes documentales relativas a estas actividades parainquisitoriales de Guevara. Los historiadores de los moriscos, sobre todo, habrán de frecuentar mucho en el futuro estas detalladas páginas. Sus juicios se centran, con clara preferencia, sobre los datos que puedan presentar a Guevara como persona de confianza del Emperador a causa de su buen juicio político-religioso. Hay que destacar, sin embargo, la presencia difícilmente casual de su hermano el doctor Fernando de Guevara (verdadero fautor de la carrera de fray Antonio) en estas juntas y comisiones. El peso de la junta granadina recayó sobre los hombros del cronista y ducho político don Lorenzo Galíndez de Carvajal, y no hay manera de saber si su informe final debe poco o mucho a los criterios personales de fray Antonio. La actuación de éste en la junta sobre Erasmo fue gris, coartado como se hallaba por la mediocridad de su base teológica. La participación en el asunto de las brujas se acredita apropiadamente de fantasmal, y en todo caso hubo de limitarse a un papel secundario como asesor o consejero. Fray Antonio sólo asistió a la primera sesión de la junta sobre moriscos granadinos de 1539.

En el caso de su comisariado valenciano se le presenta como comprensivo y moderado. Hay buenos textos en que apoyar que no se hurtaban a su viva sensibilidad las dimensiones de la tragedia a su alrededor. Sabía el futuro que esperaba a los moriscos y cuán vana e hipócrita era la tarea de conversión forzada de que tanto se envanece en ocasiones. Pero Guevara no reacciona en conciencia y urge la imposición del bautismo a todos los mudéjares del reino, situándose por entero al servicio de una política odiosa en que tal vez no creía, pero en la que tiene comprometida su carrera. No se trata con esto de juzgarle por criterios de un liberalismo anacrónico: su colega fray Dionisio Vázquez se manifestaba asqueado por la forma como Guevara se avenía a servir en aquel escándalo de conversión "a rempujones" por la codicia de una mitra (p. 252). Redondo, que localiza y descifra la alusión contenida en este precioso texto, rehúye enfrentarse con la humana complejidad del gran escritor, achacando el testimonio de fray Dionisio a celos profesionales y rencillas frailunas.

Figura entre lo más valioso de todo este libro el estudio de Guevara como historiógrafo, y al autor de estas páginas le cabe la satisfacción de haber llegado a conclusiones bastante acordes en una investigación independiente sobre el mismo tema⁸. La fama y hasta la integridad per-

⁸ *Las Comunidades y su reflejo en la obra de Guevara*, ponencia presentada en el Simposio *Toledo renacentista*, 25 de abril, 1975 (actas en curso de publicación por la Universidad de Toledo).

sonal de Guevara se hallaban algo maltrechas por el supuesto incumplimiento de sus obligaciones como cronista de Carlos V, sustancioso cargo que disfrutó desde 1526 hasta su muerte. Un portillo fue ya abierto en dicha creencia al demostrar Morel Fatio que la historia de Carlos V por fray Prudencio de Sandoval (1604-1606) hizo confesado uso de ciertos materiales guevarianos. Páginas inconfundibles, resultan ser unos cuantos discursos y cartas apócrifas sobre diversas incidencias de las Comunidades. Investigaciones recientes⁹ de J. Gibbs y de J. R. Jones han aclarado que los preparativos o esbozos de Guevara fueron de más envergadura de cuanto se venía creyendo. Lanzado por este camino, Redondo logra establecer que Guevara escribió una crónica bastante voluminosa y que ésta se conserva plagiada en la *Crónica del Emperador Carlos V* de Alonso de Santa Cruz, gran habitual (*O felix culpa!*) de semejantes desaguisados. La equivocada lectura de Santa Cruz por Menéndez Pidal acreditó el dato erróneo de que Guevara actuase como redactor de importantes discursos para Carlos V y extravió en este punto a Américo Castro y otros críticos. Pero don Carlos preparaba él mismo sus discursos y Guevara no estaba en condiciones de interpretar tan de cerca el pensamiento de éste (p. 315). Los discursos que se documentan por vía independiente no coinciden con los textos de Santa Cruz. Lo ocurrido es muy simple: dichas piezas son pura invención o, en el mejor de los casos, arreglos libérrimos del propio Guevara.

Esta recuperación de la labor historiográfica de Guevara constituye un inmenso avance y requiere con urgencia una edición por separado. Las identificaciones se realizan mediante un criterio personal atento al aspecto estilístico. Las tablas ofrecidas deberán considerarse como una base perfectible, firme, pero con alta probabilidad incompleta. La conformidad parcial que a veces se da entre Sandoval y Santa Cruz había nutrido no pocas confusiones. Ranke creyó que Sandoval usó como fuente a Santa Cruz y J. R. Jones que uno y otro se sirvieron de los mismos inéditos de Guevara. La realidad es algo más compleja, pues Santa Cruz plagió un texto más extenso y terminado y no el *borrón* o materiales a medio elaborar que Sandoval dice haber aprovechado (quitándoles de camino toda la importancia posible).

En lo que no cabe acompañar a Redondo es en su idea de que estos nuevos y en ocasiones espléndidos materiales historiográficos de Guevara representen (contra Castro) una crónica "objetivamente articulada" (p. 309). En primer lugar, la obra conservada es muy incompleta, centrada en torno a las Comunidades y a los sucesos de 1528 (p. 336). Por otra parte, casi toda ella, y desde luego sus piezas más valiosas, son cartas y discursos apócrifos o fantaseados. Guevara es también caprichoso en la selección y valoración de los hechos, e idiosincrásico a la hora de administrar la dudosa "inmortalidad" de su crónica¹⁰. El argumen-

⁹ J. GIBBS, *Vida de fray Antonio de Guevara*, Valladolid, 1960, pp. 95-100; J. R. Jones: "Fragments of Antonio de Guevara's lost chronicle", *Sph*, 63 (1966), 30-50.

¹⁰ Entre muchos otros ejemplos cabe señalar el incienso que por acciones de poca monta tributa a uno de sus hermanos, capitán en la guerra de Navarra: "D. Pero Vélez de Guevara, que era valerosa persona y tenía 100 personas de armas en su ca-

to de que con tales hábitos continuaba una tradición que le unía a Tito Livio por el *medium* de Hernando de Pulgar tiene también sus límites naturales. Guevara no escribía sobre una historia remota en tiempo o espacio y disponía, en cuanto cronista oficial, de óptimos medios para documentarse verídicamente. Un Pedro Mártir, que era mil veces más humanista que él, introducía en su historia una sistemática distorsión grecorromana, pero no abría puertas a la pura fantasía, como tampoco lo hizo el sesudo Pulgar. El caso de Guevara es que encontraba más cómodo, y sobre todo, mucho más halagüeño para su vocación literaria, el inventarse sus fuentes. ¿Por qué tomarse el trabajo mecánico de buscarlas, cuando él era capaz de urdir las mucho más coloristas y divertidas?

pitanía", es enviado a la frontera con el conde de Aguilar. "Pero D. Pero Vélez de Guevara que estaba con los de Logroño dentro de la ciudad se dio tan buena maña, que no solo defendió a los franceses los muros, pero muchas veces salía fuera a pelear con ellos"; Alonso de Santa Cruz, *Crónica del Emperador Carlos V*, ed. R. Beltrán y Rózpide y A. Blázquez, Madrid, 1920, I, pp. 466 y 467. El así alabado don Pedro en realidad tenía proverbial fama como ligero de cascos (Francesillo de Zúñiga) y murió en Italia en 1524, peleando en el lado francés contra los imperiales, según noticias de J. San Pelayo, ed. *Libro llamado menosprecio de corte* (Bilbao, 1893), p. xlv, nota. De modo más sostenido y digno de estudio aparte, la *Crónica* de Santa Cruz hace del Prior de San Juan don Juan de Zúñiga (benefactor de los Guevara) el único héroe del bando vencedor en las Comunidades y aun algo así como su anti-Padilla. A título de ejemplo en sentido contrario cabe señalar la zumba malévola con que se suele mencionar a la "reina duagera" doña Germana de Foix. "Y como Su Majestad conociese de ella la mala gana con que llevaba su viudez, acordó de casarla con el hermano del Marqués de Brandemburgo... elector del Imperio, al cual Su Majestad tenía cargo porque le había servido por favor y voto en la elección del Imperio, y por esta causa determinó de hacer por el hermano que él había traído consigo, el cual era caballero más generoso y gentil que rico... del cual casamiento se escandalizó toda España, porque nunca pensaron de la Reina que tal hiciera habiendo tenido por marido al Rey don Fernando... y Dios le quiso dar el pago luego, porque apenas era casada cuando de todo su corazón fue arrepentida, y fue la causa de esto que el Marqués le comenzó luego a tener en poco, entremetiéndose con otras mujeres, y también como ella era rica y él pobre no solo le gastaba la renta, pero aun le tomaba las joyas de su cámara, de manera que veía perder su hacienda, y lo peor ser maltratada de su marido" (*Crónica*, I, p. 209). El Marqués, sin embargo, no duró mucho tiempo, "y su muerte se le había echado de haber corrido las postas para ir a ver a la Reina su mujer, que estaba en Valencia, y con el quebranto y cansancio que había llegado no se había abstenido de llegar a la Reina con la moderación que convenía, antes se había habido muy destempladamente en el vicio de la carne" (*ibid.*, II, p. 164). Como averigua J. R. Jones, doña Germana se había portado ingratamente con su cercana parienta doña María de Velasco ("Fragments of Antonio de Guevara's lost chronicle", p. 36). Redondo comprueba a su vez que doña Germana, en su cargo de virreina, acogió con gran frialdad la comisión de Guevara para el bautismo forzado de los mudéjares (pp. 243-44 y 246), identificada como se hallaba con las miras del partido nobiliario. Extraña así que más adelante se especule (pp. 389-390) con la honorífica acogida de Guevara por la corte valenciana en 1528, hasta el punto de suponer eruditas conversaciones de éste con el duque de Calabria, tercer marido de doña Germana. En *Epistolas familiares* (I, 4) se diserta para aquella insigne banqueteadora una lección sobre Licurgo, el austero fundador de Esparta. El regalo por doña Germana de un reloj, tomado aquí (p. 530) como un fino homenaje al *Relox de príncipes*, se justifica igual o mejor como tácita invitación a la brevedad en el púlpito, pues justo en el sermón anterior (sobre el discreto tema de la destrucción de Jerusalén) "yo pensé que en el sermón se había dormido, y entre las cortinas arrollado".

Sus páginas abundan así en disparates cronológicos y geográficos, en impertinencias y juicios mordaces que no perdonan ni al mismo Carlos V. La huella de Guevara es tan reconocible por tales salidas como por el isocolon o la similitud empleadas por Redondo para identificar sus páginas.

Para colmo, su visión de las Comunidades se halla matizada de tonos inaceptables o impropios de un cronista oficial. Hay allí regodeos como la pintura del miedo reinante en el Consejo Real y en los imperiales inmovilizados ante Villabragima, e inexactitudes calumniosas como el colapso de comunicaciones entre el flamante Emperador alemán y la situación de la Península (censura nada indirecta de un culpable desinterés en sus responsabilidades de rey español). Sobre todo, la correspondencia de las ciudades comuneras es un verdadero canto al espíritu cívico y una pintura cordial de los resortes sociopsicológicos de la que él llama *revolución*. Los papeles de Sandoval incluían las cartas escritas por Padilla a su esposa y a la ciudad de Toledo (sus dos grandes amores) momentos antes de su ejecución. Son dos maravillosas piezas en el estilo de Diego de San Pedro y un homenaje a la desgracia de un noble capitán. No es de extrañar que ambas cartas desaparezcan en la crónica de Santa Cruz-Guevara, que aun entonces continúa tratando sobre ascuas el tema de Juan de Padilla y lo ocurrido en Villalar. Por algo sería que ni siquiera esta crónica de Santa Cruz llegara tampoco a publicarse. Como apostilla J. de M. Carriazo¹¹, ni Carlos V ni su hijo debieron de sentirse complacidos por ella. Redondo, a su vez, no deja de extrañarse (p. 317) ante la forma anómala en que al morir Guevara se dispuso de aquellos materiales, así como de que se recogieran por orden expresa de la Corona. Aun sin tildarle de comunero, su capacidad para identificarse con las opuestas resonancias viscerales de la contienda apunta hacia un tipo de intereses literarios muy ajenos a un historiógrafo de su época. Y con todo esto no hay sino que subir el mérito de Guevara, capaz de legarnos no ya la crónica "objetivamente articulada" al alcance de cualquier ingenio dispuesto a tomarse ese trabajo, sino el sentir y la textura humana de la historia a la manera de un precoz *Episodio nacional*.

Las prelacías de Guevara en Guadix (1529) y en Mondoñedo (1537) son también objeto de un escrutinio exhaustivo, cuyas conclusiones se oponen a las ideas aceptadas acerca de la escasa brillantez de aquéllas. Frente al "bouffon de haute lignée" del malogrado R. Costes, Redondo opone la estampa de un sabio de buena ley y de un obispo rebosante de moderación y buen sentido, que no desdice de un papel bastante discreto en la Iglesia española de su tiempo. Su elección para el obispado más insignificante de los provistos en 1528 tendría por causa la conveniencia de dar a la diócesis de Guadix un titular experto en el problema morisco. Y el traslado a Mondoñedo no dejó de ser una "promoción" (p. 426) verdadera en la carrera eclesiástica de Guevara.

¹¹ En su edición de ALONSO DE SANTA CRUZ, *Crónica de los Reyes Católicos*, Sevilla, 1951, I, p. cciv.

Es batalla quiijotesca en una causa más que nunca perdida y conducente a una filosofía de "no fue tan malo" y "los había peores". La misma carta de gracias al Emperador por la mitra de Guadix (p. 353) calculadamente transparenta su decepción, quejosa de la escasa renta y del duro trabajo aún no emprendido, pues tardó seis meses en aparecer por la diócesis para tomar posesión (todo un año en el caso de Mondoñedo). Una vez en Guadix, su actitud hacia los moriscos fue abrumadoramente represora y su administración diocesana no exenta de dudosas sombras que en vano se pretenden aquí blanquear. Tanto en Guadix como en Mondoñedo su absentismo fue frecuente y dilatado, con elocuencia de fechas ahora perfectamente establecidas. Echándolo todo a la mejor parte, hasta se quiere suponer al siempre arruinado Guevara como mecenas de una obra de fray Francisco de Osuna (p. 392), cuando era éste quien le censuraba con aspereza por sus descaradas ambiciones cortesanas (pp. 154, 402-403) y cuando la dedicatoria del *Quinto abecedario* por el librero Juan de Espinosa (1542) se ha considerado precisamente como ironía¹² por su sostenida afición a saquear los escritos de aquel humilde hermano de hábito. Pero sobre todo, no se ve apoyo para la idea de que la sede de Mondoñedo fuera ninguna "promoción", tesis esencial para acreditar su prestigio ante el Emperador. Guevara tuvo entonces que regatear por un poco más de renta, endeudarse para pagar la bula y pedir prestada una capa pluvial para las ceremonias de entrada en aquel lugar de mil habitantes, cuya mitra venía a coronar una vida de servicios no muy estimados y no sabemos si muy estimables. Sin contar ya para nada con el Emperador, fracasa en 1540 en su pretensión a una canongía de Valladolid. En realidad, Mondoñedo no le traía más ventaja que la menor lejanía a aquella su amada ciudad, donde hasta su muerte vivió todo el tiempo que pudo. Y de 1536 en adelante fue más que nunca su pluma a quien febrilmente recurrió para colmar sus ansias de engrandecimiento y para meter un poco de oro en su bolsa siempre flaca.

Los tres capítulos finales, dedicados al *Marco Aurelio*, al *Relox de príncipes* y a las ideas políticas de Guevara se hallan centrados, como no podía ser menos, sobre decisivas apreciaciones de orden literario. Hay en ellos la habitual erudición cuidadosa y aun caudalosa en torno a problemas de fuentes, bibliografía e historia intelectual. Surgen interesantes aportaciones, como la posible deuda de Guevara (p. 468) con la recopilación de historiadores romanos publicada por Erasmo en 1518. Dificultoso, por el contrario, dar crédito a Guevara acerca de la dilatada elaboración del *Marco Aurelio*, suponiéndola iniciada en 1517, al conocer a don Carlos y encontrarlo tan perdido en el gobierno y poco instruido en los deberes del príncipe cristiano. Tesis improbable cuando nadie ha oído hablar del libro antes de 1524 y todos los hitos reconocibles en el texto son muy poco anteriores a dicha fecha (pp. 493 y 495). Es preciso anotar también un gran avance en la elucidación de la com-

¹² L. CALVERT, *Francisco de Osuna and the spirit of the letter*, Chapel Hill, North Carolina, 1973, p. 162.

pleja historia bibliográfica de *Marco Aurelio y Relox*, causante de seculares confusiones.

Antonio de Guevara et l'Espagne de son temps es un libro revisionista, comprometido a revelar un Guevara insospechado a través de grandes tesis que alcanzan todo su desarrollo en estos capítulos finales. Guevara ha sido un verdadero sabio, máximamente respetado por Carlos V, que lo toma como un alto mentor ideológico¹³. *Marco Aurelio y Relox* son doctrinales de articulada moral política, en que las tradiciones medievales se funden con Erasmo y la *devotio* moderna en una feliz síntesis moderada.

Dichas tesis continúan suscitando, sin embargo, excesivas dificultades. No hay prueba directa de tan alto aprecio por parte del Emperador, que habría guardado extraño silencio y tratado con hartos desvío a un inspirador de tal calibre. Redondo concede excesivo peso a ciertos detalles, insinuando, por ejemplo, que la afición de don Carlos a la relojería fue inducida por la lectura del *Relox de principes* (p. 530), o haciendo hincapié en que éste figuraba en la pequeña biblioteca que llevó consigo a Yuste (p. 693). A lo que es fácil responder que don Carlos quiso disponer en su retiro extremeño (el de un buen burgués y no el de un asceta) de las cosas que le agradaban y entretenían, instancia en la cual Guevara podía hacer excelente y más noble papel, al lado de relojes, mapas y hasta un maestro cervecero¹⁴. No se toma en cuenta que al traslado a Mondoñedo le sigue la dedicatoria del *Menosprecio de corte* a Juan III de Portugal, en páginas que hacen velado reproche a la indiferencia del Emperador. Guevara recurre al ideal antiguo del príncipe filósofo para ungirse de un carisma de superioridad intelectual que le encumbra aun por encima del soberano, y como en la corte le conocían de sobra, cuenta Francesillo que le apodaron "Marco Aurelio". Es sólo un mecanismo de compensación, una locura inofensiva (y de gran eficacia literaria), lo que le lleva a pavonearse de tener al Emperador sen-

¹³ Dicha convicción es ya afirmada en términos generales por R. MENÉNDEZ PIDAL en *Idea imperial de Carlos V*, La Habana, 1938, p. 16 ss. Especificada después por él mismo "en el aspecto político" y a través sobre todo del Marco Aurelio modelo del *Relox de principes* en "Fray Antonio de Guevara y la idea imperial de Carlos V", *AIA*, 6 (1946), 331-337. La misma valorización de su papel como teórico cristiano del poder político y consejero particular del Emperador en J. A. MARAVALL, "La visión utópica del Imperio de Carlos V en la España de su época", *Carlos V. Homenaje de la Universidad de Granada* (Granada, 1958), 41-77. Cabeza de una "derecha" intelectual en torno al Emperador y teorizante en el *Relox de principes* de una "razón de fe" antimachiavélica, según F. ECUIAGARAY BOHIGAS, *Los intelectuales españoles de Carlos V*, Madrid, 1965, pp. 57-66. Frente a tantas generosidades con Guevara, contrasta el general olvido de la dedicatoria a Carlos V de un sistema doctrinal tan acabado como la *Institutio principis christiani* por Erasmo (1516). Guevara no tuvo siquiera noticia de la existencia de Maquiavelo.

¹⁴ J. J. MARTÍN GONZÁLEZ, "El palacio de Carlos V en Yuste", *Archivo Español de Arte*, 24 (1951), p. 133. "Por los detalles del inventario podemos llegar a la conclusión de que el Emperador, en Yuste, no se privó de ninguna comodidad, no obstante la austeridad decorativa de los muebles" (*ibid.*, p. 138). La biblioteca, bien nutrida de obras religiosas, contenía también bastantes libros de geografía, curiosidades naturales y astronomía. Fueron también llevados a Yuste algunos animales favoritos, entre ellos un papagayo y un gato.

tado como un párvulo en su escuela, exageración que de ser verdad nunca hubiera dicho en tales términos y que podía pasar precisamente porque nadie iba a tomarla en serio.

Redondo desea, por ejemplo, presentar a Guevara como autor moral de la amnistía otorgada a ciertos comuneros en agosto de 1525, idea deslizada en un sermón predicado al Emperador como acción de gracias por la victoria de Pavía. Pudo ser así, y todos desearíamos adornar a Guevara con tan bello lauro. Pero se sabe, por desgracia, que no fue él quien predicó aquel fausto día y que el texto de *Epistolae familiares* incluye anacronismos de anticipación, sólo posibles varios meses después (p. 146). Dado su prurito de darse importancia ¿quién podrá responder de que aquello del perdón no sea también otro amaño *a posteriori*? En octubre de 1531 escribía Guevara a Carlos V: "Pésame que no se haga Concilio en tiempos tan felizes de Vra. Magestad, porque quisiera que imitara a muchos príncipes excelentísimos de los quales dizen las historias que no mirando a lo que querían en Roma, hizieron lo que convenía a la Yglesia" (p. 400). Pero este sorprendente consejo, dado en términos a que no se atrevió el más radical erasmista, no fue seguido por el Emperador.

La idea del Guevara moralista se cifra en la figura de Marco Aurelio como *exemplum* viviente, propuesto a la imitación de Carlos V. Claro que este supuesto dechado no deja de ser a la vez un *monsieur* con graves problemas domésticos y crónica escasez de numerario, es decir, algo muy distinto de cualquier estatuaría del tipo *Ciropedia*. Moralidades, prédicas y teología era, por contraste, lo que sobreabundaba en la literatura al uso y lo que todos podían beber en fuentes más depuradas. La diatriba contra Faustina en las famosas páginas de *La llave* no son un golpe más al manido tema antifeminista (pp. 479 y 502), sino un uso instrumental de éste para sacar a flote las tensiones íntimas de aquel matrimonio entre dos seres muy imperfectos, pero muy atrayentes. Era esta novela de Marco Aurelio, culminante en sus *cartas de amores*, lo que más encantaba al lector, como prueba el que, al ser amputadas éstas del *Relox*, las añadieran como apéndices los editores ávidos de hacer su negocio. Guevara fingió excusarse por aquellas arriscadas cartas con haberlas "traducido" por importunidad de altos cortesanos, apología que, con notable generosidad, pasa aquí por moneda legítima (p. 494).

Marco Aurelio y *Relox* se hallan también en una relación diversa respecto al contenido moral (inflado en el segundo) y respecto a la misma persona del Emperador. El primero tiene la mira puesta en un Carlos enfermo con las cuartanas de 1524 y tanto más dispuesto así a agradecer el servicio personal de un lindo libro de entretenimiento que no a rumiar didascalías. Con el *Relox* el blanco es el gran público, al que dirige un libro más convencional y para cuyo mayor éxito intenta reclutar al Emperador como agente de ventas: "Si Vuestra Magestad quiere castigar a su pueblo con palabras, mándeles que lean la presente obra" (p. 527). Guevara obtuvo por el privilegio de impresión una cantidad muy superior a sus emolumentos anuales como predicador regio (p. 512).

¿Qué decir de Guevara como puro moralista? Redondo se ha tomado

un ímprobo trabajo para reconstruir una síntesis doctrinal, entresacada de tantas y tantas páginas. Y no, no hay peligro de que Guevara haya de figurar nunca en la historia del pensamiento moral ni político. No sólo no se ve ninguna tesis que pueda llamarse original o que de algún modo suscite interés por sí misma, es que las contradicciones se multiplican por todas partes. Guevara está unas veces por los antiguos y otras por los modernos, ya es pactista ya cantor del derecho divino, defensor o enemigo a ratos de la teoría estamental. Según el viento que sople parece estar escuchando a un Erasmo, un Gattinara, un Vitoria o un comunero y el moderno estudioso experimenta las mismas dificultades exegéticas en que se vio envuelto el intento similar de J. A. Maravall. No menor confusión reina en el terreno religioso, donde se espigan doctrinas erasmistas, las proposiciones básicas del iluminismo toledano y hasta alguna que otra frase afín a la idea luterana de justificación por la fe (pp. 194-195). Semejante *potpourri* se calienta, sin embargo, al fuego de una ortodoxia sin complicaciones, al alcance de cualquier dómine de pueblo, y persuade a tenerle, como Francesillo, por "gran decidor de todo lo que le parecía". También es verdad que nada de esto parece haber importado mucho mientras se hallara sumido en el estilo engalanado, ocurrente y "sin pesadumbre para leer" (p. 533) que era lo que de veras contaba.

Marco Aurelio y Relox de principes, observa Redondo, salen también al encuentro de una curiosidad popular que en aquellos años suscita el renovado prestigio de las civilizaciones antiguas. Lo que inmediatamente precisa matizar aquí es la forma irresponsable como Guevara satisface dicha curiosidad, desencadenando su imaginación y maliciosa vis cómica en un torrente de autores, libros y hasta cultismos apócrifos. El resultado es un baño de socarrón prosaísmo, esto es, lo esencial del fenómeno *Marco Aurelio*, llamado a alcanzar su plenitud en la evocación seudoerudita de la Roma imperial a que da pie la *Década de césares*. Aunque semejante fechoría arqueológica establece la medida en que Guevara dista de ser un verdadero humanista, no es bastante, al parecer, para que aquí se le califique de tal y aun se encarezca su adhesión al ideal "trilingüe" (p. 548). La idea es tanto más extraña por cuanto en repetidas ocasiones se anotan las limitaciones de su latín y se demuestra la responsabilidad de Guevara en la edición del *Opus epistolarum* (1530) de Pedro Mártir precisamente por su desorden, ignorancias de cronología y gruesas letras latinas (p. 338). Los humanistas¹⁵ no consideraban a Guevara uno de los suyos y lo miraban con irrisión (Alfonso de Valdés, García Matamoros) o desprecio (Vives, Paulo Jovio¹⁶, Bernardino Tomitano, Herrera, Antonio Agustín). Su colega el cronista de Indias Gonzalo Fernández de

¹⁵ Hasta la fecha, el estudio más cuidado sobre este importante aspecto es el ya citado de E. Grey, pp. 23 ss.

¹⁶ En 1535 Carlos tuvo en Nápoles ciertas conversaciones acerca de la campaña de Túnez con Paulo Jovio y no hacía secreto de que esperaba de él alguna celebración escrita. Por parte de Jovio ello dependía sólo de la condigna recompensa, en ausencia de la cual (dice) habría de escribir sus hazañas cierto fraile cronista suyo, dueño de un latín de refectorio, sin duda Guevara como establece Morel Fatio (*Historigraphie de Charles-Quint*, pp. 109-110). Es probable que Carlos V conociera bien para esas fechas las limitaciones de su cronista oficial.

Oviedo le tenía por "enconado parlero", a su *Marco Aurelio* por antonomasia de libros "apócrifos e vanos" y a Rúa como justiciero azote de escritores sin escrúpulos¹⁷.

El caso aparte de las censuras de Pedro de Rúa motiva una de las mayores sorpresas de este libro. El humanista soriano era simplemente un hombre atrabiliario y esquinado, insignificante y mal escritor deseoso de poner zancadillas a Guevara. Sus *Epistolae censorias* (1549) no son más que un *libelo*, una correspondencia fingida, en que incluso la breve respuesta del criticado debe de ser una falsificación. Sólo cabe oponer a esto una neta discrepancia. Rúa significa, muy por encima de este plano de mezquindades, el escándalo de la conciencia humanista ante la innovación literaria guevariana, cuyo valor de fondo (esto es otra historia) no captaba ni sabía apreciar. Experto hombre de pluma, Rúa hace una parodia de la *oratio aulica* de Guevara por sí misma valiosa y que acredita de sobra la lozanía de su ingenio. Es verdad que iba derecho a la yugular de la fama de fray Antonio y que si el arte de éste sale incólume es por su carácter no convencional y ajeno a un planteamiento de aquella clase. Pero es temerario creer que llegara a falsificar la carta de Guevara, persona constituida en jerarquía eclesiástica y cortesana. Por tomar todas las salidas, Redondo procura explicar las ideas de dicha misiva como referidas a un tema ascético (falacidad de las cosas humanas) y no al pirronismo elemental reconocido allí hasta ahora.

Rúa, se insiste, no fue tampoco infalible. Cometió sus errores y a veces era Guevara quien llevaba razón. No se tiene en cuenta que ambos casos no son comparables, pues Rúa se equivocaba como tarde o temprano yerra todo erudito, mientras que Guevara lo hacía a sabiendas y en realidad no se confundía, sino que *inventaba*. Redondo se esfuerza por disipar las *dudas* en torno a la erudición de Guevara y en buscar paliativos para las que llama *bévues* de éste, sin olvidarse, incluso, de aquella ocurrencia de la Madre Berecinta (p. 565) que tantas carcajadas provocó en la época. Tarea en gran parte vana, porque no hay *dudas* acerca de lo irresponsable de su erudición, ni Guevara cometía *bévues*. Sus filósofos de guardarropía, sus refranes en traje de *adagia* (p. 535) y los cuentecillos contrabandeados como *apophthegmatha* (p. 544) no son sino artificios de una técnica protonovelística, basada en el concepto de seudofalsificación, un uso creador del apócrifo que no vela su carácter lúdico a la mirada del lector discreto (o al menos no tan atiborrado de gramática como Pedro de Rúa). Se anuncia ya cercana la ambigüedad cervantina, tan palpable, por ejemplo, en aquel nebuloso infundio de las obras desconocidas de Marco Aurelio y del código médico (p. 472) con las biografías escritas por sus tres maestros Sexto de Chereona, Junio Rústico y Cinna Catulo. En este desarrollo de las posibilidades narrativas de la erudición burlesca acompañaban a Guevara coetáneos tan ilustres como Teófilo Folengo (Merlín Cocaio) y Rabelais, con los cuales forma un gran trío europeo de divertidos forjadores de apócrifos.

¹⁷ J. B. AVALLE ARCE, "Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Fil*, 12 (1968-1969), p. 75.

Tenemos en este libro setecientas páginas dedicadas a la bien intencionada tarea de *rehabilitar* (p. 697) a Guevara frente a siglos de crítica hostil y mal informada. Por ello se distingue en particular a María Rosa Lida, a quien se acusa de interés personal en destruir la reputación humana y literaria del gran escritor (p. 152). La cuestión es demasiado seria para ser pasada por alto, pues salvo algunos pormenores el estudio de la gran investigadora permanece en pie como balance del aspecto que cabe llamar "oficial" de su cultura literaria. En esto la única objeción viable (pero igualmente válida también para este libro) surgiría por el camino de si es en ese plano donde se juega no el prestigio personal (que para nada cuenta) sino la valoración de Guevara como figura de primer orden en la historia literaria de su siglo. Como aquí se acredita y como nadie, en rigor, ha negado, era un hombre de amplias lecturas y hasta un sabio a su estilo particular. El torcedor está en entender que no le interesara servirse del saber conforme al uso convencional que en su época, y aun en la nuestra, se esperarían de un autor grave y erudito. Si fray Antonio no hubiera de contar más que por el caparazón de respetable moralista *middle-of-the-road* con que este libro procura abrigarlo, no sería María Rosa Lida, sino el mismo Rúa, quien habría lanzado sobre él un juicio inapelable.

Pero Guevara iba detrás de su propio *arte nuevo* y éste se orientaba hacia la libertad sin fronteras de la ficción moderna, que nada tenía que perdonarle por haber dado nombre grecorromanos a su miríada de Cide Hametes. Su cultura era la que necesitaba para dar buena cuenta de sí en el terreno por él escogido. Si no era un pensador profundo ni un erudito de fiar, había llevado su barniz de clérigo y de humanista y, sobre todo, había podido tocar (hasta quemarse un poco los dedos) los acontecimientos políticos, religiosos e intelectuales más decisivos y comprometedores de su tiempo (Erasmus, iluminismo, Comunidades, Las Casas). Fray Antonio desarrolló no un pensamiento, pero sí una sensibilidad privilegiada para el juicio lúcido de la realidad humana de su época, en aspectos que no captaban o no sabían expresar otros más sabios que él. La lectura de sus reticencias o apostillas en disfraz "romano" se halla apenas comenzada y ha de dar pie todavía a largas investigaciones. Redondo acierta al observar que su Marco Aurelio tiene bastante de las flaquezas y pecadillos de Carlos V (p. 492) y que el *Relox de príncipes* es también en su fondo una reflexión sobre la experiencia política de las Comunidades (p. 526). Extraña por lo mismo verle minar con argumentos frágiles las alusiones a Lucero¹⁸ descifradas por S. Gil-

¹⁸ El juez Licaónico (el inquisidor Diego Rodríguez Lucero) es presentado como extremo fanático de una justicia ciega y despiadada. Por lo demás, el nombre del más feroz inquisidor de todos los tiempos no había sido olvidado en toda su dimensión de símbolo y antonomasia. En 1512, el simple rumor de que Lucero había sido elegido para un obispado desalentaba en extremo a fray Andrés Cazalla (M. BATAILLON, *Erasmus y España*, México, 1966, p. 65). Bastantes años después, el médico Villalobos recordaba todavía muy bien "al hi de puta puto del Lucero" (*Algunas obras del doctor Francisco López de Villalobos*, ed. A. M. Fabié, Madrid, Bibliófilos Españoles, 1886, p. 133). La urgencia y gravedad de la cuestión requiere señalar otra obvia levada antiinquisitorial en la *Década de césares*. Antonino Pío, como buen príncipe,

man, cuando se reconoce al mismo tiempo que el problema del rigor inquisitorial era uno de los que más le preocupaban y él mismo fue llamado una vez a justificarse *in camera* ante el Santo Oficio (p. 196).

Guevara no se hallaba solo en aquel tipo de empresa literaria. Con la obra del médico Villalobos y de Francesillo de Zúñiga el comentario irreverente de la realidad cortesana, destinado en principio al consumo de un público de *insiders*, había ascendido a un plano de arte en el aula imperial de los años veinte. La idea de una alta literatura de puro entretenimiento y dignificadora de una clase especial de risa nacía en España, como en otras partes de Europa, al amparo de la caperuz del bufón de corte¹⁹. Guevara completa así otra gran tríada de espectadores cáusticos del escenario político cuyas tablas les está vedado pisar: espectadores clarividentes, resentidos y conversos, que se hacen perdonar con la risa su pinchar pompas, su tirar de las mantas y su arrancar hojas de parra.

No hay aquí cuestión de echarse al campo por el buen nombre de Guevara. La literatura del "loco" respondía a los más nobles ideales del humanismo cristiano y se hallaba en el tamar de la *Weltliteratur* de la época. La parte que en aquella desempeña Guevara se realiza, además, en niveles de altura artística que suponen casi una sublimación. En cuanto *morio* Guevara se halla igualado (aun sabiendo menos latín) con Sebastián Brant, Erasmo, Tomás Moro y Rabelais, compañía más ilustre y deseable que la de Julio Capitolino, Egidio Romano y fray Alberto de Aguayo.

El truhán de corte exhibía cómicamente su andar a la greña con los colegas, y Guevara tenía su fórmula para no tener que competir con Francesillo: "Si un príncipe quiere passar el tiempo, ¿por ventura no se desenojará mejor oyendo a un sabio historias muy sabrosas de los tiempos passados, que no escuchando a un loco cosas deshonestas y aun dichos maliciosos de los tiempos presentes...?" (p. 607). *Marco Aurelio*

aborrecía confiscar bienes y "justiciar" a nadie, por lo cual ordenó prescindir de la cuestión de tormento con el único reo condenado en su imperio bajo proceso judicial de excepción. Añade inmediatamente después: "Avía en Roma un género de hombres que se llamaban los quadrupladores, los quales tenían por officio de pesquisar vidas ajenas, y si por caso avían cometido algunos algunas culpas secretas, estos quadrupladores los accusavan, y era suya la quarta parte de los bienes confiscados. Como estos quadrupladores tenían cargo de buscar vidas ajenas, también mandó Antonino que pesquisassen de sus propias vidas, y como hallassen por relación verdadera que a muchos culpados dissimulavan y a muchos inocentes condenavan, muchos dellos fueron muertos y muchos desterrados, y prohibió que dende adelante no se permitiessen aver en las repúblicas hombres que tuviessen tales officios" (*Una década de césares*, ed. J. R. Jones, Chapel Hill, North Carolina, 1966, p. 206). ¿O es que de veras existió en Roma esta magistratura de los *quadrupladores*?

¹⁹ Idea central en el libro de J. LEFEBVRE, *Les foi et la folie. Étude sur les genres du comique et la création littéraire en Allemagne*, Paris, 1968. También W. KAISER, *Praisers of folly. Erasmus, Rabelais, Shakespeare*, Cambridge, Ma., 1963. Sobre el encuadre de Guevara en la literatura española del "loco" de corte véase F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, "Un aspect de la littérature du 'fou' en Espagne", XIX^e Colloque international d'études humanistes, *L'humanisme dans les lettres espagnoles*, Paris, 1979, pp. 233-250, y *Jewish fools of the Spanish xvth century*, coloquio *Jews and conversos*, Universidad de Toronto (abril, 1979), actas en curso de publicación.

y *Relox* son justo ese repertorio de sabroso pasatiempo, cuyas eruditas pretensiones sólo disfrazan las malicias e historias picantes de que no podía prescindir la literatura bufonesca, porque eran las únicas que serenaban el entrecejo anubarrado de los príncipes. El recurso funcional a dicho cúmulo de fórmulas técnicas es a menudo básico en Guevara. Su *Villano del Lanubio* compra la libertad de identificarse con lo más radical del antiimperialismo lascasiano con el esquema temático de *Salomón y Marcolfo*²⁰, burla de *Fastnachtspiel* fundada en el mismo desvergonzado *ex abrupto* "d'un homme qui scandalise par sa franchise brutale" (p. 689) que el personaje guevariano llegó a proverbializar en lengua francesa. Por supuesto, es enteramente loable el propósito de leer a Guevara con la misma óptica de sus contemporáneos (p. 11), pero no hay que olvidar cómo muchos de éstos, con Cervantes y Lope a la cabeza, lo consideraron un genial bromista literario a la vez que una experiencia decisiva en su formación de escritores. Lo que para nosotros constituyen dificultosas paradojas, se aceptaban en la época como realidades espontáneas y archisabidas. Como ilustración valga el juicio nunca aducido del hispano-portugués Tomé Pinheiro da Veiga, renegando de cierto predicador "guevariano" en su crónica (no poco bufonesca también) de la corte vallisoletana de 1605:

Fábula, finalmente, el *Marco Aurelio* del Embajador de las grajas, estorninos, papagayos y canarios, el parlador mayor D. Antonio de Guevara, mas en ella, queriéndonos pintar un emperador justo y prudente, nos pinta un emperador chocarrero y un filósofo y charlatán; y poco menos aconteció a nuestro predicador, que me dejó molido²¹.

Guevara podrá resultar un moralista ramplón y un ser humano discutible, pero nada de ello detrae para que haya sido más artista y decisivo de cuanto se ha considerado. Su *Marco Aurelio*, hazmerreír de carne frágil, vale ciertamente más que el figurón de catecismo político-moral y hasta *enseña*, por otra parte, lo que éste nunca podría enseñar. Y Guevara no deja de ser, en su desembocadura, un observador filosófico de la conducta humana, pero por la mano izquierda de un sentido moderno, muy alejado de la didáctica convencional.

Casi todas las observaciones o reservas suscitadas por este importante libro de Agustín Redondo son reductibles a la necesidad de ampliar foco y de tomar en cuenta otras alternativas de gran vastedad crítica. No es culpa de nadie, sino prueba de la riqueza guevariana, abierta ya a la ambigüedad creadora que sella también a otros autores fundamentales

²⁰ B. SWAIN, *Fools and folly during the middle ages and the Renaissance*, New York, 1932, pp. 32-36; J. LEFEBVRE, *Les fols et la folie*, p. 30. Sobre Marcolfo y personajes similares, como jalones de una picaresca alemana algo paralela a la española, *ibid.*, p. 292. Sobre la iconografía de Marcolfo, véase E. TIETZE-CONRAT, *Dwarfs and jesters in art*, London, 1957, fig. 59. Sobre la representación en salterios medievales del loco en acto de disputar con un rey (probablemente Salomón), D. J. GIFFORD, "Iconographical notes towards a definition of the medieval fool", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 37 (1974), p. 336.

²¹ *Fastiginia o fastos geniales*, trad. N. Alonso Cortés, Valladolid, 1916, p. 60.

de la modernidad literaria. Aun después de este alto esfuerzo quedan todavía espacios inexplorados o que requieren estudio a partir de supuestos valorativos por entero diversos. Frente a su ya conocida retórica de *schemata*, será preciso reconstruir (por ejemplo) su participación en la estilística de la "locura", atendiendo a procedimientos expresivos como la expresión rafez o semiobscena, la fraseología irónica, la metáfora degradadora, los neologismos y plurivalencias semánticas con que había que entretener a un nuevo tipo de público lector que pronto cuajó también en "inmensa minoría". Porque aquella obra, concebida para el goce, no ha dejado nunca de constituir un grave problema de valoración literaria que es como su segunda naturaleza. Guevara comenzó a incorporar ya a sus páginas el proceso creador de éstas, con el estímulo y manipulación lúdica de la curiosidad sobre un autor que se afirmaba a la vez como personaje y sobre unos libros que parecen desmentir o contrariar cuanto pregonan ser. Su lectura "histórica" sólo puede realizarse así como lectura "literaria", atenta a cuestiones internas de concepto, expresión y formas. Lejos de haber cubierto una meta, la crítica guevariana se halla, más que nunca, en una encrucijada que pondrá a todo futuro estudioso ante el compromiso de seguir el ejemplo del propio Guevara en aquello de "cortar algo delgada la pluma".

FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA

Harvard University.

EL CASO DEL EPÍGRAFE DESAPARECIDO: CAPÍTULO 43
DE LA EDICIÓN PRÍNCIPE DE LA PRIMERA PARTE
DEL *QUIJOTE*

Al capítulo 43 de la edición príncipe de la Primera Parte del *Quijote* le hace falta su epígrafe. Este vacío fue hasta cierto punto subsanado en el índice que aparece al final del libro, donde se lee: *Capítulo quarenta y tres, donde se cuenta la agradable / historia del moço de mulas: con otros estraños acae- / cimientos en la venta fucedidos. Comiença. Mari- / nero soy de amor. 262* (sigs. **3 y **3v). La segunda edición de Cuesta (impresa sólo unas semanas después de la príncipe, ya incluye el epígrafe dentro del texto mismo, donde aparece colocado inmediatamente antes de la canción del mozo de niulas (sig. Kk5v). A pesar de esto, aún se dice en el índice, innecesariamente, que el capítulo *Comiença. Mariner- / ro soy de amor* (sig. **3v), e incorrectamente se da la página 262, cuando en realidad el epígrafe aparece en la página 261v; pero estos descuidos del cajista son fáciles de corregir y carecen de importancia. Hay, sin embargo, dos cuestiones relacionadas con este epígrafe que deben ser aclaradas antes de intentar hacer una edición crítica del *Quijote*. En este artículo me propongo explicar el porqué de la ausencia del epígrafe en la edición príncipe, y trataré de demostrar que en el manuscrito original de Cervantes el capítulo 43 no comenzaba con la canción